

«Necesitamos sacerdotes que sean sacramentos del Pastor que camina delante»

MANUEL PÉREZ TENDERO

El camino de Santiago y el próximo Sínodo sobre el «caminar juntos» (sinodalidad) marcan el lema de este año para la Jornada del Seminario.

Nuestra Iglesia está siempre en camino: la vida es un camino y Jesús de Nazaret es el camino. Siempre, desde los primeros años, la Iglesia se definió a sí misma como camino, como camino en comunión (Sínodos). ¿Cuál es la etapa de este camino eclesial que estamos viviendo en la actualidad? ¿Qué pasos estamos dando en estos últimos años como creyentes? ¿Qué pasos nos pide el Espíritu que demos en este camino por el que Jesús nos conduce?

Son varios los peligros que acechan en el camino:

Se puede perder el rumbo, salirse de la senda, avanzar por rutas que ya no son las marcadas; entonces, ya no se hace camino. Se trata de un peligro real para todos los peregrinos.

Otra tentación consiste en buscar atajos para llegar antes a la meta, o por caminos más fáciles, más nuestros.

También se puede tener la tentación de volver atrás, de desandar tramos, de volver a los inicios. Le sucedió al pueblo de Israel en el camino del desierto desde Egipto a la tierra prometida.

Es fundamental, por tanto, superar todo cansancio y toda tentación de volver atrás. Es necesario, día tras día, reencontrar el rumbo y seguir al pastor sin desviarnos.

Creo, por tanto, que el sacerdote tiene que prestar, al menos, un doble servicio a una Iglesia que quiere hacer camino según Dios.

Por un lado, el sacerdote sirve a sus hermanos para sostener la valentía y superar los cansancios; ayuda a vencer la tentación de la vuelta atrás. Desde el corazón eucarístico de una Iglesia que se alimenta de palabra y



pan, el sacerdote está al servicio de una Iglesia fuerte y sufriente, audaz y llena de vida.

Por otro lado, es misión fundamental del sacerdote ayudar a discernir. Como diría el profeta Jeremías, «es necesario pararse para preguntar por la antigua senda», por los caminos que Dios quiere. Frente a una sociedad superficial y una Iglesia frenética, el sacerdote es servidor de quietud y hondura, que ayuda a superar rutinas y una tarea sin alma, sin Espíritu.

¿Estaremos formando sacerdotes servidores del pueblo de Dios? ¿Están ayudando nuestros sacerdotes a que la Iglesia sea más valiente y más de Dios?

También es lícita la pregunta contraria: ¿Podría tener relación la falta de vocaciones con una Iglesia que se viviera poco en camino?

Día del Seminario: para una Iglesia sinodal, en camino, necesitamos sacerdotes que sean servidores, sacramentos del Pastor que camina delante.

Cuatro llamadas al sacerdocio

En este Día del Seminario escriben Gabriel, Miguel, Pedro Julián y Diego, cuatro seminaristas que celebraron ayer el rito de admisión en el Seminario Diocesano. Un paso más en su camino formativo y en su respuesta a la llamada de Dios.

«Sé de quién me he fiado»

Hola a todos. Me llamo Miguel, tengo veintiséis años y soy seminarista de sexto de Teología. Hablar de mi vocación es hablar de cómo Dios se ha ido haciendo presente en mi vida a través de personas, lugares y acontecimientos en los que me ha ido mostrando al sueño que tiene para mí.

Aunque soy natural de Puerto Lápice, soy vecino de Villanueva de los Infantes y mis primeros pasos en la fe y en la vocación han sido allí: en el Colegio Sagrado Corazón y en el coro parroquial. Después de quedarme fascinado por la labor del sacerdote decidí entrar en el seminario en tercero de la ESO, donde estuve hasta tercero de teología. En ese año interrumpí la formación y estuve dos años estudiando Magisterio y muy acompañado por la parroquia de San Pedro de la capital y el grupo de jóvenes y scouts que se convirtieron en familia. Después de esos años, y gracias a la ayuda de sacerdotes, familias y amigos, retomé mi formación



Miguel (con la guitarra) en el Seminario

en el Seminario intentando responder a esa voz de Dios que me gritaba cada vez con más fuerza: «Déjalo todo y sígueme» (cf. Mt 19, 21).

Ahora me encuentro a las puertas de dar pasos definitivos y concretos

en el seguimiento. Es verdad que el miedo muchas veces ciega la respuesta, pero, con el Apóstol, puedo decir: «Sé de quien me he fiado» (2Tm 1, 12) y estoy seguro de que el Señor nunca me va a dejar de su mano.

«Dios cambió todos mis planes»

¡Hola hermanos! Mi nombre es Pedro Julián, tengo 29 años, soy de Ballesteros de Calatrava y estoy cursando quinto de Teología.

La vocación es el mayor regalo que Dios nos hace y en la respuesta a esa llamada está la clave de la felicidad, por ello, con mucha alegría, os voy a contar brevemente mi relato vocacional.

Dios, desde el primer momento, ha tocado mi corazón a través de mi familia, especialmente mis abuelos. Mi abuela Isabel me enseñó a rezar y mi abuela Visitación, junto con mi abuelo Fernando, me enseñaron la importancia de ir a misa.

Ya en mi juventud, con la llegada de los seminaristas a mi pueblo, mi fe recibió un impulso importante. Una noche con los jóvenes de cate-

quisis, viendo la película de la vida de san Juan Pablo II, de forma espontánea dije: «Creo que Dios quiere que sea cura». A raíz de esa afirmación, comencé a pensar por qué dije eso y cuál era la vocación que Dios quería para mí.

Fui rezándolo con respeto y algo de temor, ya que me daba miedo pensar que Dios me quería para servirle en el sacerdocio, pero el Jueves Santo, ante el monumento, Dios cambió todos mis planes. Sentí una mayor presencia de Él, que me invitaba e impulsaba a responder sí.

Después de estos inicios, mi vocación ha pasado por diversos momentos, en todos ellos he sentido el amor y la misericordia que Dios nos tiene. ¡Un abrazo a todos!



Carta de nuestro Obispo

Sacerdotes al servicio de una Iglesia en camino

Como es tradicional ya, el 19 de marzo, festividad de San José, esposo de María y fiel custodio de Jesús, sumo y eterno sacerdote, celebramos el Día del Seminario.

Se trata de un día muy especial para tener muy presente a nuestro Seminario y a nuestros seminaristas y dar gracias a Dios por las vocaciones sacerdotales.

Un día en el que se nos ofrece la posibilidad de mirar a nuestros seminaristas con confianza en el Señor, que es quien suscita las vocaciones, pidiéndole que siga habiendo jóvenes que quieran plantearse su vocación y, si el Señor les llama por este camino, que respondan generosa y positivamente a esta vocación para que no falten nunca a la Iglesia en general y a nuestra Iglesia local en particular los sacerdotes que acompañen y guíen a todos por el camino de la salvación.

El lema de este año para esta jornada del Seminario, *Sacerdotes al servicio de una Iglesia en camino*, se inspira en el proceso sinodal en el que está actualmente inmersa toda la Iglesia.

En este lema se habla de sacerdotes precisamente porque el objetivo del seminario es acompañar a jóvenes que se sientan llamados por Dios para ser un día sacerdotes, ayudándolos en el discernimiento vocacional y formándolos para servir al pueblo de Dios.

Jesús, una de las primeras cosas que hizo fue llamar a personas concretas

Jesús, al comienzo de su vida pública, una de las primeras cosas que hizo fue llamar a personas concretas, para que estuvieran con él y enviarlas a predicar. A semejanza del Señor, que reunió al grupo de los apóstoles, en el seminario se vive en comunidad, estableciendo relaciones de fraternidad y lazos de amistad sincera entre los seminaristas. La relación personal con el maestro no excluye, sino que se enriquece, con la presencia de los compañeros y la vivencia en comunidad de la fe

y de la vocación, como estilo y anticipo de su vida como sacerdotes, llamados a establecer con todos los hombres relaciones de fraternidad, servicio.

Por eso el lema de este año comienza con esa palabra: «Sacerdotes», en plural, llamados a no estar solos, sino a vivir en una sana fraternidad. Como sacerdotes también debemos sabernos unidos a un presbiterio y llamados a trabajar en común y a acrecentar la fraternidad sacerdotal; una fraternidad

El desempeño del ministerio sacerdotal conlleva saber servir a las comunidades

sacerdotal querida por Dios, al estilo de la que vivieron los apóstoles, y que no es algo opcional, sino algo esencial en la vocación sacerdotal.

Otras dos palabras que aparecen en el lema de este año son estas: «Al servicio», porque la vocación sacerdotal es una «vocación de servicio», un «servicio para los demás», «servicio a la Iglesia».

El seminario prepara a los seminaristas para consagrar su vida como vida al servicio de los demás, de las comunidades cristianas, de la Iglesia. El desempeño del ministerio sacerdotal conlleva saber servir a las comunidades a las que los sacerdotes son enviados. Se trata de un servicio, discreto, sin

búsqueda de protagonismos, unidos en todo momento a quien no vino a ser servido, sino a servir, entregándose por completo a cumplir la voluntad del Padre.

El servicio al que se llama a los sacerdotes se desempeña en el seno de la Iglesia, por eso, el lema dice: «De una Iglesia». El servicio para el que los sacerdotes están llamados es para el servicio a la Iglesia, por eso la formación es también igualmente una formación eclesial y comunitaria, que llevará al fu-

turo sacerdote a entregarse al servicio de la comunidad y de la misión de la Iglesia: la evangelización.

Y la Iglesia a la que están llamados a servir los sacerdotes es una Iglesia que está en camino constantemente, porque sigue a Jesucristo, que es camino, verdad y vida (Cf. Jn 14,6), y toda ella está



en camino tras las huellas de Cristo. Los sacerdotes están llamados a caminar con todo el Pueblo de Dios, poniéndose a su servicio.

Dios sigue llamando a personas normales, con cualidades y defectos, pero llenas de generosidad, que estén dispuestas a responder positivamente a la llamada que el Señor les hace para ser servidores de esta Iglesia en camino.

La respuesta positiva de los jóvenes que pueden sentirse llamados no solo depende de ellos, sino que Dios se sirve también de otras personas que con sus actitudes los animan a encontrar verdadero sentido en el seguimiento y en el servicio.

Entre estas personas están, como más importantes, tres grupos de personas que tienen una influencia y que son un apoyo grande para ellos:

Las familias respectivas, que cuando ven que un hijo quiere orientar su vida por ahí, lo animan, se sienten contentos de que lo hagan y los acompañan positivamente en todo momento.

Los sacerdotes actuales, que con nuestro testimonio de vida estamos diciendo a los posibles vocacionados, que merece la pena entregar nuestra vida al servicio de Dios y de los hermanos en la Iglesia. Porque vivimos nuestro sacerdocio con alegría, como lo mejor que nos ha pasado en la vida, que nos

[Continúa en la página siguiente]

encontramos plenamente realizados como personas y como cristianos.

La comunidad cristiana, con la valoración de la entrega de los sacerdotes a su servicio, con su valoración como personas y como sacerdotes, con el aprecio personal y la oración por ellos, para que sean siempre fieles a lo que el

Señor les pide; con la comprensión de sus posibles fallos, porque no son ángeles, sino hombres, llenos de generosidad, pero que también a veces fallan; con la valoración de su tarea sacerdotal y la colaboración en ella por parte de todos. Como cristianos, todos estamos llamados a ser portadores y verdaderos

agentes de evangelización y verdadera comunidad portadora del mensaje de Cristo a los demás.

+ Gerardo Juelga
Obispo de C. Real

Tú también puedes preguntarte

¡Muy buenas! Soy Gabriel, un joven de 23 años de El Torno; estoy estudiando 5.º de Teología en el Seminario Diocesano porque quiero crecer junto a Dios para un día ser sacerdote. Hoy me aventuro a compartir contigo mi vocación y, con ello, te animo a que descubras la tuya, a plantearte qué te está pidiendo Dios; descubrirás la felicidad.

Mi vocación es fruto de un proceso largo en el que Dios se ha servido de personas y experiencias para sembrarla y cultivarla. Una de las experiencias principales ha sido el Encuentro David, con el que conocí el seminario, a los seminaristas, las actividades que se realizaban y el ambiente que se respiraba. Todo esto y el testimonio del cura de mi pueblo me llamaba la atención, provocando en mí que quisiera entrar al seminario.



Durante estos once años he ido descubriendo qué es lo que me pedía el Señor. No ha sido una tarea fácil, pero si lo he conseguido ha sido gracias a los formadores y sacerdotes que me han ido acompañando, a mi familia, a mi parroquia, los compañeros y profesores etc., pero sobre todo ha sido gracias al encuentro con el Señor

en la oración, que me lleva a querer responderle con la propia vida.

Acabo invitándoos a que sembréis vosotros también la semilla de la vocación, comenzando por vuestros hijos, nietos y jóvenes de catequesis; pues vosotros sois instrumentos de Dios, pero también con vuestra oración.

«Él se fijó en mí sin yo percibirlo»

Me llamo Diego, tengo 23 años y soy de Manzanares, de la parroquia de la Asunción de Ntra. Sra. Actualmente estoy cursando 4.º de Teología; este es mi noveno año en el Seminario Diocesano. En estas líneas voy a intentar contaros cómo el Señor, a lo largo de todos estos años, ha ido suscitando en mí su llamada al sacerdocio.

Todo surge siendo yo muy pequeño, justo después de recibir la primera comunión. Con tan solo 8 años fui animado por mi abuela Encarna y por mi anterior párroco, Luis Gallego, para ser monaguillo. Yo conocía a Jesús igual que cualquier otro niño de mi edad que iba a catequesis; sin embargo, Él se fijó en mí sin yo percibirlo en ese momento y, así, fue atrayéndome, seduciéndome y manteniéndome muy cerca de Él. Primero como monaguillo y después de unos años, me pidió una entrega más adherida: la de entrar en el Semina-

rio para seguirle de una manera más íntima y descubrir lo que Él quería de mí.

Así es como entré. Y en estos nueve años que llevo solo puedo estar enormemente agradecido al Señor por el gran regalo de sentirme llamado por Él al sacerdocio, a pesar de mis debilidades. Han sido muchas las personas que me han ayudado en este camino de discernimiento, desde los formadores y sacerdotes que me han acompañado hasta los compañeros y amigos más cercanos.

Finalmente, deciros que este paso precioso del Rito de Admisión supone para mí una confirmación de mi vocación por parte de esta Iglesia de Ciudad Real, en la que he nacido; además de un impulso a renovar mi entrega y fidelidad por este camino que el Señor ha querido para mí. ¡Muchas gracias por vuestras oraciones!



Corresponsables en la misión

Continuamos comentando los párrafos más importantes del Documento Preparatorio del Sínodo de los obispos. Hoy, una parte más del párrafo 30.

JUAN SERNA CRUZ

La sinodalidad está al servicio de la misión de la Iglesia, en la que todos sus miembros están llamados a participar. Dado que todos somos discípulos misioneros, ¿en qué modo se convoca a cada bautizado para ser protagonista de la misión? ¿Cómo sostiene la comunidad a sus propios miembros empeñados en un servicio en la sociedad (en el compromiso social y político, en la investigación científica y en la enseñanza, en la promoción de la justicia social, en la tutela de los derechos humanos y en el cuidado de la Casa común, etc.)? ¿Cómo los ayuda a vivir estos empeños desde una perspectiva misionera? ¿Cómo se realiza el discernimiento sobre las opciones que se refieren a la misión y a quién participa en ella? ¿Cómo se han integrado y adaptado las diversas tradiciones en materia de estilo sinodal, que constituyen el patrimonio de muchas Iglesias, en particular las orientales, en vista de un eficaz testimonio cristiano? ¿Cómo funciona la colaboración en los territorios donde están presentes diferentes Iglesias sui iuris diversas?

La misión de la Iglesia es la tercera acción señalada en el lema del Sínodo: «Por una Iglesia sinodal. Comunión, participación, misión». En efecto, a la identidad de la Iglesia pertenece su condición misionera, es decir, el haber sido enviada hasta los confines de la tierra a anunciar la verdad que nos salva:



«mediante la predicación del evangelio, la Iglesia atrae a los oyentes a la fe y a la confesión de fe, los prepara para el bautismo, los libra de la esclavitud del error y los incorpora a Cristo» (LG 17). El papa Pablo VI lo expresaba con palabras más sencillas: «La Iglesia existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia» (EN 14).

La misión evangelizadora, que continúa la misión de Jesús y que la Iglesia recibe de los apóstoles, solo se realiza con la participación de todos. Lo mismo que la comunión requiere la participación activa de todos los cristianos, también la misión implica la participación de todos: «Todos los discípulos de Cristo han recibido el encargo de extender la fe según sus posibilidades» (LG 17).

Por tanto, si la misión evangelizadora es tarea de todos, el compromiso de los laicos es también evangelizador. Todos estamos llamados «a contribuir al crecimiento y santificación

incesante de la Iglesia», y por eso «el apostolado de los laicos es una participación en la misma misión salvadora de la Iglesia» (LG 33). Unidos a Cristo, los laicos viven la misión de la Iglesia en «todas sus obras, oraciones, tareas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo diario, el descanso espiritual y corporal...» (LG 34).

La importancia de esta presencia misionera de los cristianos en el mundo justifica que el Sínodo le dedique una atención directa en el camino de reflexión y discernimiento. En concreto, hay que revisar cómo se hace partícipe a la comunidad cristiana de esta misión evangelizadora que los laicos realizan en medio del mundo, y al mismo tiempo cómo la sostiene y ayuda. Es una tarea que se realiza en nombre de todos. Por esta razón, resulta importante que toda la comunidad cristiana participe en las opciones concretas que se refieren a las acciones evangelizadoras.



«Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos discípulos y misioneros, sino que somos siempre discípulos misioneros».

Papa Francisco

Si no os convertís...

En nuestro recorrido cuaresmal llegamos al tercer domingo de Cuaresma, en el que la Liturgia y la Palabra de Dios nos invitan a «salir» del pecado, a convertirnos pidiendo a Dios su misericordia.



Egipto representa la esclavitud del pecado, al que está sometido todo hombre y del que no puede escabullirse sin la ayuda de Dios

EUSTAQUIO CAMACHO ALDAVERO

En este domingo resuena con fuerza la llamada del Señor a la conversión. Esta exhortación, permanente en el ciclo cuaresmal, se refuerza hoy ocupando el lugar central de la Palabra de Dios y desarmando las frecuentes excusas o dilaciones en la respuesta con la que los cristianos solemos acoger las admoniciones de Dios.

La oración colecta, ya al inicio de la celebración, le pide a Dios: «Restaura con tu misericordia de Dios a los que estamos hundidos bajo el peso de las culpas». Una petición que podríamos considerar la actitud humilde que reclama el Señor para disponernos a la conversión. En efecto, la necesidad de reconocer abiertamente el pecado es un hilo conductor de las lecturas del domingo.

La primera lectura del Éxodo narra la vocación de Moisés en el episodio de la zarza ardiente, que en el devenir de la historia de la salvación es uno de los hitos en los que brilla la pasión de Dios por su pueblo, su sensibilidad ante el sufrimiento que soporta y la solicitud con que envía a líderes y profetas en su nombre para socorrerlo.

De esta forma el pueblo cristiano aprecia la continuidad entre los acontecimientos del Antiguo Testamento y la culminación a la que nos

la Iglesia hicieron de la esclavitud de Israel en Egipto. En esta lectura, Egipto representa la esclavitud del pecado, al que está sometido todo hombre y del que no puede escabullirse sin la ayuda de Dios. Dios «mira el sufrimiento del pueblo», esto es, su condición sometida al pecado, y se presenta como el gran liberador.

En continuidad con esta lectura, san Pablo nos advierte en la Carta a los Corintios que el paso de Israel por el desierto es figura de nuestro propio camino espiritual hacia la salvación. No caminar hacia la tierra, «agradando a Dios», es quedarse en la muerte arrojado en el desierto.

Con más crudeza aún que san Pablo, en el Evangelio Jesús nos advierte que el precio de no reconocer el pecado y no cambiar el corazón es la muerte: «Si no os convertís, todos perecéis». A unos contemporáneos suyos que divagaban sobre la suerte de unos accidentados, Jesús les interpeló y les colocó ante el espejo de su condición de pecadores y urgidos a la conversión. Como a ti y a mí en este domingo de Cuaresma.



***«Jesús les interpeló
y les colocó
ante el espejo
de su condición de pecadores
y urgidos a la conversión.
Como a ti y a mí
en este domingo
de Cuaresma»***

dirigimos en la Pascua de Jesucristo. Pero cabe también recordar la lectura espiritual que los Padres de

Acompañar al hijo en la vocación

En este Día del Seminario hablamos María Victoria del Campo Jurado, madre de Borja, seminarista de veintiséis años en su último año de formación. Durante todo el curso, está en la parroquia de Argamasilla de Alba, donde ayuda en la pastoral parroquial y convive con el sacerdote.

El lema de este año para el Día del Seminario es Sacerdotes al servicio de una Iglesia en camino. ¿Cómo ha sido este camino con tu hijo?

Realmente el camino ha sido bueno. Yo tuve el regalo de unos hijos cumplidores en todos los ámbitos de su vida. Aprendieron a rezar de chiquitines con la ayuda de mis padres; siguieron con su catequesis y su proyecto de vida con un director espiritual. Siempre el Señor está presente. Haciendo Iglesia.

El camino, como dice el lema, es un camino de Iglesia. También de la Iglesia en casa, de la Iglesia doméstica que vive en la Iglesia parroquial. ¿Cómo es este camino eclesial en familia?

Como dije antes, haciendo Iglesia. Intentamos vivir nuestra fe unidos, aunque las circunstancias de la vida nos llevan a que nuestros momentos de oración sean individuales. Los que vivimos en casa procuramos vivir y celebrar la eucaristía juntos.



Si el Señor os susurra al oído, no os penséis que es el viento que sopla; está llamando, que entiendan y acudan. Deja todo y sígueme



Borja junto a su familia el día de su Rito de Admisión al Seminario, el 19 de marzo de 2018

Llegaría un día en el que Borja diría que se marchaba al seminario.

No podré olvidarlo, se gravó en mi corazón. Cuando ya tenía su cita para la matrícula en la facultad, ese día, se levantó muy temprano y yo esperando un beso que fue una carta. El Señor había entregado su vida por él y él quería entregar su vida al Señor. El beso fue un gran abrazo. Aquí estoy hijo, para ti.

¿Cómo se viven los años de formación?

Desde el día uno el seminario empezó a ser mi casa. Aunque me daba mucha penilla cada vez que Borja se marchaba, todo se superaba con alegría, lo más importante es que mi hijo estaba feliz.

¿Cambió tu «forma» de oración, de relación con el Señor?

Interiormente mi oración siguió igual, Dios siempre está ahí, escu-

chando mi «monólogo» y conociendo mis miserias. Siempre queriéndome. Físicamente apareció en mi vida el rezo de vísperas todos los domingos en el seminario.

Por último, ¿qué le dirías a las familias de la Iglesia en Ciudad Real? Y también, ¿qué les dirías a los jóvenes sobre la vocación? ¿Y a las madres?

Familias, acompañad a vuestros hijos siempre, no solo hasta que hacen la comunión o se confirman. Que no abandonen su vida de fe, el mundo es mucho más hermoso si no nos soltamos de la mano de Dios.

Muchachos, si el Señor os susurra al oído, no os penséis que es el viento que sopla; está llamando, que entiendan y acudan. Deja todo y sígueme.

Madres, alentad a vuestros hijos, si Dios llama no disuadáis. Bien entendido, a quién elige, es a la madre que tiene en custodia a ese hijo.

Encuentro Vocatio



La Delegación de Pastoral Vocacional ha programado un *Encuentro Vocatio* para el próximo fin de semana. Será en la casa de san Juan de Ávila en Almodóvar del Campo. Comenzará el sábado por la mañana y concluirá el domingo después de comer.

Están invitados los catequistas, animadores de jóvenes o jóvenes interesados en una experiencia de fe durante un fin de semana en la casa de san Juan de Ávila. No se trata propiamente de un retiro, sino que habrá momentos de oración, testimonio, cultura, naturaleza y convivencia.

Para inscribirse o solicitar información está a disposición de todos los interesados el correo electrónico vocacion@diocesisciudadreal.es



Lucas 13, 1-9: Jesús enseñaba un sábado en la sinagoga... puso sus manos sobre una mujer enferma que no podía enderezarse y en ese instante se enderezó...

Comentario: Dios no causa el mal. El egoísmo humano es quien genera frutos de violencia y desigualdad en la historia de la humanidad.

Para la celebración *Por Seminario Mayor*

III Domingo de Cuaresma (ciclo C)

Moniciones

- **ENTRADA.** Nos reunimos, como pueblo de Dios, para celebrar la eucaristía. Celebramos el Día del Seminario, dispongámonos a acoger la luz del Señor y hacer su voluntad en nuestras vidas uniéndonos en oración por las vocaciones sacerdotales y, de manera especial, por nuestro Seminario Diocesano.
- **1.ª LECTURA (Éx 3, 1 - 8a.13 - 15).** En la primera lectura Dios se manifiesta a Moisés mostrando su nombre y dándole a conocer su misión: liberar al pueblo de Dios, Israel. Abramos nuestro corazón a la palabra de Dios.
- **2.ª LECTURA (1Cor 10, 1 - 6.10 - 12).** En la segunda lectura, el apóstol san Pablo nos invita a buscar el bien. Como bautizados somos instituidos como nuevo pueblo elegido por Dios para dar testimonio de su salvación con nuestras vidas.
- **EVANGELIO (Lc 13, 1 - 9).** El Señor nos invita a la conversión para que con el esfuerzo de nuestra voluntad y la ayuda del Espíritu Santo demos fruto abundante.
- **DESPEDIDA.** Alimentados con su cuerpo y su palabra, llenos de su Espíritu, salgamos dispuestos a transformar nuestra realidad concreta para atraer a todos los hombres hacia Dios y así poder dar fruto abundante según su voluntad.

Oración de los fieles

S. Presentemos al Padre nuestras necesidades:

- Por la Iglesia, pueblo de Dios que peregrina hacia la Pascua: para que sepa responder a la llamada de Dios en todo lo que sucede. Roguemos al Señor.
- Por los jóvenes: para que estén dispuestos a escuchar la voluntad de Dios en sus vidas. Roguemos al Señor.
- Por todos los que están sufriendo los avatares de la guerra: para que el Señor los consuele y cambie el corazón de aquellos que la provocan. Roguemos al Señor.
- Para que venga la lluvia a nuestros campos. Roguemos al Señor.
- Por los seminaristas que se preparan para el sacerdocio: para que, como Moisés, sean buenos guías y transmisores de la Palabra de Dios. Roguemos al Señor.

S. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Cantos

Entrada: La alianza nueva (CLN/253) **Salmo R.:** El Señor es compasivo y misericordioso (LS) **Ofrendas:** Bendito seas, Señor (CLN/H5) **Comunión:** Véante mis ojos (CLN/272) **Despedida:** Salve, Reina de los cielos (CLN/329)

Salterio y Lecturas bíblicas para la semana

III Semana del Salterio. Lunes 2Re 5, 1 - 15a • Lc 4, 24 - 30 **Martes** Dan 3, 25.34 - 43 • Mt 18, 21 - 35 **Miércoles** Dt 4, 1.5 - 9 • Mt 5, 17 - 19 **Jueves** Jer 7, 23 - 28 • Lc 11, 14 - 23 **Viernes** *Anunciación del Señor* Is 7, 10 - 14; 8, 10b • Heb 10, 4 - 10 • Lc 1, 26 - 38 **Sábado** Os 6, 1 - 6 • Lc 18, 9 - 14

Director: Miguel Á. Jiménez Salinas • **Edita:** Delegación MCS c/ Caballeros, 5 13001 Ciudad Real. Tel.: 926 250 250 • **Correo:** comunicacion@diocesisciudadreal.es